

EL OTRO

(monólogo imposible)

Antonia Bueno

(Un hombre vestido de negro está sentado en una silla en el centro de la escena. Su actitud es mesurada. Su voz neutra va desgranando los acontecimientos como quien descorre una pesada cortina de terciopelo apolillado que esconde lo innombrable. Sin embargo, su corbata roja, sus pies descalzos, un brillo intermitente en la mirada y esa carcajada que a duras penas logran contener sus labios, le delatan como un condenado que espera lo imposible.

Al fondo, música de órgano y, dibujándose a ráfagas, la sirena en do mayor de un barco presto a soltar amarras rumbo al mar de los Sargazos, donde desovan los salmones y todo recomienza por los siglos de los siglos...)

HOMBRE- Pues, bien, el asunto comenzó... Hace ya tanto tiempo. No consigo recordar la fecha... Pero, tampoco creo que se trate de un dato absolutamente relevante en la exposición de los hechos.

Era por la mañana. Yo me disponía a lavarme los dientes, como cada mañana. Podría decirse que ese era un acto absolutamente rutinario, al que yo dedicaba apenas un par de minutos y un par de neuronas. ¿Para qué más? Unos dientes razonablemente blancos y una atención relativamente intencionada. Era, sin duda, el acto más rutinario de mi jornada. El primero. Servía para marcar el resto de mis actividades.

Siempre he considerado que la vida es algo diametralmente opuesto a una obra de arte. Nunca he creído que la vida sea una pieza teatral o una película, donde el primer golpe de efecto es fundamental para atrapar a los espectadores. Porque, en definitiva, ¿tiene la vida espectadores? No, ¿verdad? Claro. A eso es a lo que me refiero. Sé que ustedes me entienden, que puedo hablar con total franqueza de lo que nos ocupa.

No, señores, la vida no es arte. Ni falta que le hace. La vida, o al menos la mía, es esa cosa pequeñita, rutinaria, maravillosamente reiterativa, previsible y dulcemente monótona.

Mis jornadas son como el agua... No, no crean que ésta es una imagen poética. Aborrezco la poesía. Creo que no es más que una forma vacua de perder el tiempo, un pasatiempo para desocupados o rentistas.

Detesto también el cine, la música, la pintura, el teatro... Incluso leer me pareció siempre una suprema insensatez, una pérdida de tiempo irreparable robada a las productivas rutinas cotidianas.

Porque, vamos a ver, me he dicho siempre, justamente mientras me cepillaba los dientes cada mañana, ... a mí qué se me va ni se me viene con lo que le pase a otros que viven en la China o en Africa o que ni siquiera han vivido nunca y no son más que absurdos fanteches, ridículos monigotes inventados por alguna mente febril y desocupada.

Bueno, disculpen esta transgresión, esta violación a las sagradas leyes de la medida que estoy violentando, soy consciente, aún a mi pesar. Pero, concordarán conmigo en que la imaginación es la peor de las plagas que han assolado desde tiempo inmemorial nuestro planeta. Nadie sabe cuando nos fue inoculado ese virus que viene causando irreparables pérdidas desde que el mundo es mundo.

Estarán de acuerdo conmigo. ¿Qué son las guerras, las enfermedades, incluso la bomba atómica, al lado de este cancer monstruoso que nos azota con furia desde el comienzo de los tiempos?

Muchas veces me he preguntado, supongo que ustedes también lo habrán hecho a menudo. ¿Habrá sido Dios quien creó la imaginación? ¿O tal vez fue obra de un demonio o un ángel oscuro y advenedizo que quiso vengarse del Todopoderoso? Y en ese caso, ¿es Dios Todopoderoso? ¿Por qué no nos libra de este castigo infame, luciendo su poder sobre las tinieblas? ¿Será la muerte el fin del azote de esa pesadilla? ¿Será el cielo el triunfo de la auténtica realidad?...

Tengo entendido, y perdonen si me equivoco, hablo tan sólo de oídas, que cuando muere una persona su encefalograma queda plano. Las curvas se transforman en una línea continua que se dibuja blanca y calmada en el centro de una pantalla oscura. Corríjanme si me equivoco. Eso, al menos, es lo que me contaron una vez. Dicen que aparece en muchas películas de hospitales.

Yo, como les he dicho, detesto el cine. Incluso los más insulsos telefilmes de la televisión me parecen de un exceso, de un derroche imaginativo inaceptable. O sea, que nunca he tenido el mínimo asomo de interés por ir a ver una de esas llamadas “obras de ficción”. ¿Para qué? Bastante tiene uno con domeñar las incertidumbres cotidianas que, por más empeño que uno ponga, siempre acaban saliendo al paso, con su sonrisa burlona, como diciéndote “Ale hop, más difícil todavía. A ver cómo te las apañas ahora...”

Por eso, ¿para qué malgastar tiempo y energía en una tarea no sólo estéril, sino gravemente dañina para la salud física y mental?

Y no hablemos del teatro. Sólo nombrarlo me produce una convulsión, una náusea imparable. El teatro es... la magnificencia de lo demoníaco, la actividad diabólica por excelencia... Como no tomemos pronto drásticas medidas, acabará socavando nuestras mentes bienpensantes, invadiéndolas de historias imposibles, de amores abrasadores, de muertes ficticias.

Y todo ello sucediendo ahí mismo, a tres palmos de nuestras narices, como si fuese verdadero. Y así un día tras otro, como una pesadilla recurrente... Amantes que se abandonan para volver a encontrarse y de nuevo abandonarse... Cadáveres que cada noche reviven para morir de nuevo a la noche siguiente. ¿Dónde se ha visto mayor burla a la sagrada rutina?

No, señores, ustedes convendrán conmigo. Con eso no se juega, bueno está lo bueno, hasta aquí hemos llegado. ¡Basta ya!

Sí, señores, hay que atreverse a decirlo por fin en voz alta: El teatro es la impostura suprema. Librémonos de él o pereceremos todos sin remisión.

Muerte a la ficción. Viva el encefalograma plano. Arriba la rutina. Loa al dios de la previsión que todo lo tiene pesado y medido, que todo lo tiene escrito y sellado en su divino cuaderno de bitácora desde el principio de los días.

Pues bien, como les decía... Y perdonen mi exaltación. Soy un hombre mesurado, todo exceso me horroriza, toda variación me enloquece. Mi mundo es un mundo de orden que nada ni nadie podrá arrebatarme. ¿Lo oyen? Nada ni nadie, nada... ni nadie...

Cuando me hablaron de esa línea plana quedé muy reconfortado. Alguna vez esa línea será la de mi cabeza, pensé, y al fin descansaré para siempre.

Pero, volvamos al tema que les ha traído a ustedes aquí. Disculpen, sé que tienen prisa, que todos ustedes son hombres responsables, con una vida dedicada al trabajo y a la rutina sagrada de cada día. Por eso les agradezco tanto que hayan dispuesto un poco de su precioso tiempo para escucharme, para oírme nombrar el horror que todos tanto detestamos.

Afortunados ustedes, que continúan gozando de sus días planos, confortables en su igualdad, en su previsibilidad... Para mí, por desgracia, eso acabó la mañana de la que voy a hablarles.

Ya nunca más sabré lo que es tranquilidad... Ya jamás podré volver a abandonarme en los brazos de la amorosa rutina...

Les decía que mi vida, antes de aquella infausta mañana, era como agua. Es decir: incolora, inodora e insípida.

Era maravilloso. Ya saben la sensación a que me refiero. Porque estoy convencido de que sus vidas continúan siendo como esa agua que yo tanto añoro... Sólo hace falta mirarles la cara... Les envidio por ello.

Pero, cuidado, no se confíen, esten siempre alerta. El horror puede asomar su rostro burlón en cualquier esquina de sus vidas. No se dejen sorprender. Plántenle cara. Yo no supe... y aquí me tienen, condenado para siempre al sufrimiento, a la mutación, al caos...

En fin, vayamos al asunto. Hay que tener valor, coger al toro por los cuernos. Quiero acabar con esto de una vez por todas para poder descansar al fin, no pensar, olvidar...

Olvidar, qué bella palabra... ¿Quién pudiera olvidar?... ¿Ustedes creen que si libero mis recuerdos podré olvidar al fin?... Díganmelo, por favor, se lo suplico. Ya no temo nada...

Pues bien, vamos allá. Desencadenemos los monstruos y entreguémonos a la piedad de dios y de sus demonios.

... Todo empezó esa mañana en que yo me dirigía a lavarme los dientes como cada mañana. El día era maravilloso. Igual a todos los días. Cada cosa ocupaba escrupulosamente su sitio. Una vez más, la dulzura de la rutina me envolvía como el máspreciado de los dones.

El despertador sonó a la misma hora de siempre, yo apagué la alarma extendiendo, como siempre, la mano derecha y desconectando la tecla a las tres llamadas, como hacía cada día. Luego abrí los ojos y me instalé comodamente en mi realidad cotidiana, dejando atrás una noche más, plagada de pesadillas que habían intentado, como cada noche, sin éxito debo decirles, atraparme en sus redes viscosas y hacerme suyo. Pero, de nuevo, ahí estaba la maravillosa certidumbre, el olor conocido, los rumores caseros, la vuelta a la normalidad.

Me calcé, como siempre, las zapatillas de siempre, mientras me desperezaba, como siempre, y poniéndome en pie caminé hacia el cuarto de baño, dibujando con mi querida rutina diaria el pasillo familiar.

Después de evacuar... Perdonen que no haya considerado ésta como mi primera actividad, no crean que fue negligencia. Por el contrario, evacuar cada mañana ha constituido siempre el prelude absolutamente certero y necesario de todo el resto de mis actividades cotidianas.

Después de evacuar, como digo, cogí mi cepillo de dientes negro... Sí, señores, han oído ustedes bien ¿Para qué tener un cepillo de colores?, me pregunto. Un derroche de fantasía innecesario. No, señores. El negro es la ausencia de color, ¿no?. ¿no es eso lo que nos enseñaron en la escuela?...

Pues, eso. A mí me gusta el negro. Bueno, ustedes ya se habrán dado cuenta. Aunque... Pero, todo tiene una explicación que no tardará en llegar, no se preocupen. Cada cosa será expuesta a su debido tiempo meticolosa y rigurosamente.

Y no crean que es fácil siempre encontrar todo negro. La ropa sí, especialmente ahora que es la moda. Pero, otras cosas... Otras cosas no, señores. Algunas cosas suponen un árduo trabajo de pesquisa. Otras, directamente, son imposibles de hallar.

A veces pienso si no seré un insensato, si no me resultaría más fácil adaptarme al ritmo de los tiempos... Pero, no piensen por un momento que estoy dispuesto a rendirme tan pronto, sin presentar batalla a la innovación, a la fantasía cambiante, a la imaginación fatal.

En fin, encontrar un cepillo para los dientes de color negro me resultó una labor tan estéril que estuve a punto de renunciar.

Hasta que se me ocurrió la feliz idea. ¡Claro! ¿Cómo no se me había ocurrido antes?... Compraría pintura negra y pintaría el cepillo.

Esta se convirtió en otra de mis rutinas. Cada día pintaba y repintaba los objetos de mi casa para quitarles todo color, toda fantasía que pudiese alterar mi sentido de la realidad.

Y así, cada mañana, después de cepillarme con mi cepillo negro y peinar mis canas teñidas de negro, tomaba mi café negro, encendía mi cigarrillo negro y, enfundado en mi traje negro, salía cerrando mi puerta negra y me dirigía en mi coche negro al negro trabajo que me ocupaba. Por la calle intentaba no mirar, no distraerme con fantasías ajenas a mi austera realidad y así me concentraba en el negro volante que conducía moderadamente con mis hábiles manos enfundadas en mis negros guantes.

Pero, esa es otra historia y sé que debo ceñirme al tema para el que ustedes han sido convocados.

Comprenderán, señores, que esto de hoy es un esfuerzo titánico para mí. Hoy, por primera vez en mi vida, estoy rompiendo definitivamente y de manera irreparable, todas las rutinas. Estar aquí ante ustedes, contándoles todo esto, hace muy poco me habría resultado sencillamente impensable, monstruoso... Pero, ya ven, aquí estoy. Y espero a cambio su beneplácito y tal vez un poco de su comprensión... o al menos un ápice de su atención momentánea.

¿Por dónde iba?... Comprendan, esto es tan nuevo para mí. Me pierdo continuamente en un laberinto del que a duras penas y sólo gracias a ustedes, logro encontrar la salida.

¡Ah, sí! Estábamos en mi cuarto de baño. Mi mano, enarbolando el cepillo se dirigía a mis dientes... Nunca había querido mirarme al espejo en esos momentos, ¿para qué?. Me conocía de sobra, no necesitaba contemplarme. ¡Vaya pérdida de tiempo! No, señores, no miraba a ningún lugar... tal vez, si acaso, a mis pensamientos, sí a esos sobre la rutina, dios, los ángeles oscuros, etcétera, de los que le hablé.

Pero esa mañana. Señores, rompí mi rutina. Sí, lo confieso y me acuso por ello. Fui débil. Y ahora estoy pagando el precio de aquella debilidad. Un precio en el que ya he gastado todas mis energías, un precio impagable.

Allí, en el azogue, había un rostro. El rostro de un hombre de mi edad. Un hombre sorprendentemente parecido a mí. El mismo cabello canoso teñido de negro, los ojos marrón verdoso como los míos, la nariz ganchuda, el lunar junto a los labios finos, la cicatriz imperceptible que partía en dos la ceja izquierda...

Pero no era yo. No podía serlo, porque de repente abrió la boca en una carcajada llena de dentífrico blanco, cegadoramente blanco, de un blanco insoportable... Y me miró sin dejar de reír y... miedo me da recordarlo... ¡me guiñó un ojo cómplice!... Y continuaba riéndose, cada vez más abiertamente... Con una risa imparable, contagiosa...

Me miraba... ¡a mí!, señores, ¿Por qué a mí?. ¿Acaso no había podido encontrar a nadie más en todo el planeta a quien inocular su virus fatal?

Lo que siguió, pueden ustedes imaginarlo. A partir de ese día, quebré todas las leyes de la sagrada rutina, que quedaron hechas trizas ya irremediablemente y para siempre, al pie de mi lavabo negro, esa mañana de triste recuerdo.

Empecé a tener accesos de imaginación. Comencé a detestar mi oscura casa, que ahora me parecía una tumba. Necesitaba salir a la calle, mirar las hojas de los árboles, contemplar las piernas de las muchachas... e incluso imaginar lo que habría más arriba, soñar con novedades que viniesen a alterar mi paz cotidiana...

Una mañana compré por primera vez un periódico y... sé que no hay excusa posible, pero debo hablar y lo haré, aunque a cambio sólo reciba su desprecio. Me quedé leyéndolo sentado en un banco del parque, oyendo cantar a los gorriones, aspirando los desconocidos aromas de la primavera naciente, las risas de los niños... Fue como una borrachera.

Seguí comprando el periódico cada día. Se convirtió en una droga de la que no podía prescindir. Sí, ya sé que ustedes han resistido y les felicito por ello. Pero, yo no estaba preparado, no debía estarlo, porque si no, no habría caído en la ignominia de intentar conocer qué pasa en Sierra Leona, por qué esta persigue la independencia, cual es la situación de la nueva Alemania después de la caída del muro y un sinfín de fruslerías más, del todo antiutilitarias.

Pero ahí no paró la caída. La semana siguiente me atreví a comprar un libro y, lo que es peor... a leerlo. Era una novela, irremediabilmente febril, que me hizo adicto a la ficción escrita.

Una tarde pisé por primera vez un cine. Creí desvanecerme cuando desde esa oscuridad, de esa negrura tan familiar para mí, emergían las más coloridas imágenes... Rostros, paisajes, músicas...

Y ya acabo, no se impacienten, se lo suplico. Terminó confesando lo inconfesable.

Una noche fui al teatro.

Cómo expresarles la turbulencia de mi alma virgen al irse desplegando ante mí toda esa magia... o mejor podría decir: dentro de mí.

Mi enfermedad se había hecho incurable.

He llegado al fondo del pozo. Y perdonen ustedes la recurrencia a metáforas oscuras, tal vez residuo de aquella época dorada, tan rutinaria en su negrura previsible.

En el intento de entender a aquel hombre que aquella mañana me miró desde el azogue, he decidido dedicar mi vida a una tarea que, para mí ya es sagrada e inapelable. Aunque ustedes, con toda la razón, la condenen y me condenen a mí con ella para siempre.

Me he convertido en actor.

He tomado la firme, inquebrantable decisión de dedicar el resto de mis días a la formidable impostura del teatro.

Y en mi febril e imparable enfermedad, albergo el deseo de contagiarles a todos y cada uno de ustedes con este virus fatal.

Ya lo ven. Estoy aquí, pero no para ser juzgado, sino para mirarles desde este azogue. Quiero guiñarles un ojo, reirme a carcajadas de ustedes, de sus vidas rutinarias y oscuras, de sus encefalogramas planos, de su miedo a la vida.

Sé que ustedes ya han establecido su juicio, que incluso lo tenían ya preestablecido antes de venir a este teatro, donde sé que pisan por vez primera.

Sé que estoy condenado, que todos y cada uno de ustedes me han condenado, que todo es inútil. Aunque ya nada me importa. Quiero acabar de una vez con todo. Quiero descansar.

Gracias, señores, muchas gracias.

La función ha terminado. Pueden volver a sus rutinas cotidianas, a intentar olvidar que existen abismos insondables, mares plagados de peces abisales que nunca vieron la luz...

Pero, recuerden. Ustedes lo han dicho. Soy un apestado. Y mi virus tal vez les haya contagiado. Quizá, aunque aún no lo sepan, alguno de ustedes tenga ya inoculado el mal. Quizá mañana usted, señor, se dirigirá a lavarse los dientes como cada mañana y entonces el otro, el monstruo, despertará y le devorará hasta el fondo de las entrañas.

Pero, no se preocupen. No duele. Es sólo un rumor antiguo, una carcajada obscena, un estremecimiento, un cataclismo...

(El espejo de la rutina se quiebra en mil pedazos. En cada uno de los minúsculos azogues contemplamos dibujada la imagen de ese otro que anida en el rincón más tibio y soleado de nuestro propio corazón.)